

Declaración conjunta Iglesia Católica Romana e Iglesia Católica Nacional Polaca (PNCC)

Con agradecimiento a Dios, los miembros del Diálogo Católico Romano-Católico Nacional Polaco en los Estados Unidos miran hacia atrás tras 22 años de reflexión teológica y canónica sobre la naturaleza de nuestra división y la posibilidad de alcanzar la plena comunión. Debido a una nueva efusión del Espíritu Santo que afectó a nuestras dos iglesias tras la celebración del Concilio Vaticano II (1962-1965) y a una renovación similar en el seno de la Iglesia Católica Nacional Polaca, nuestros fieles se han ido redescubriendo cada vez más como hermanos y hermanas en el Señor. En este momento deseamos revisar el progreso que hemos logrado en las últimas dos décadas, y reafirmar nuestra intención de continuar nuestros esfuerzos para lograr esa unidad por la que Cristo oró.

Los llamamientos al diálogo entre nuestras Iglesias se remontan a 1966, cuando el Reverendísimo León Grochowski, obispo primado de la Iglesia Católica Nacional Polaca, propuso valientemente dicho diálogo al obispo católico romano de Scranton. Más tarde, en 1980, Su Santidad el Papa Juan Pablo II, de bendita memoria, expresó el deseo de que la Conferencia Episcopal de Estados Unidos examinara la relación existente con la Iglesia Católica Nacional Polaca y explorara la posibilidad de diálogo. Esto dio lugar a un intercambio de correspondencia entre los líderes de nuestras iglesias que culminaría en la primera reunión de un diálogo oficial en Passaic, Nueva Jersey, el 23 de octubre de 1984.

Teniendo en cuenta que la mayoría de los diálogos ecuménicos se iniciaron en los años sesenta y setenta, el establecimiento de nuestro diálogo fue tardío. Esto fue el resultado de la historia particularmente dolorosa de nuestra relación y de las circunstancias de los orígenes de la Iglesia Católica Nacional Polaca entre los católicos étnicos polacos y otros católicos romanos en los Estados Unidos a finales del siglo XIX y principios del XX. Ahora nos damos cuenta de que las disputas de aquella época se referían más a cuestiones de gobierno eclesiástico que a puntos de doctrina. Sin embargo, la complicada serie de acontecimientos que condujeron a nuestra división causó mucho dolor y angustia incluso dentro de las familias cuyos miembros se encontraban a menudo en lados opuestos de la disputa. Las consecuencias de esos acontecimientos todavía pueden sentirse entre nosotros más de un siglo después, y deben ser abordadas.

Para ello, se han llevado a cabo una serie de gestos de reconciliación altamente simbólicos, quizás el más notable en el servicio de sanación que se celebró en la Catedral Católica Nacional Polaca de San Estanislao en Scranton, Pennsylvania, el 15 de febrero de 1992. Los líderes de nuestras dos iglesias, entre ellos el cardenal Edward I. Cassidy (presidente del Consejo Pontificio para la Promoción de la Unidad de los Cristianos), Su Gracia John F. Swantek, obispo primado de la Iglesia Católica Nacional Polaca, y los dos copresidentes del diálogo, pidieron perdón y se comprometieron a trabajar para superar definitivamente nuestras divisiones. En 1997, el obispo James C. Timlin, entonces copresidente católico del diálogo, reiteró esta petición de perdón en una carta que

publicó con motivo del centenario de la organización de la Iglesia Católica Nacional Polaca.

Nuestro diálogo ha conseguido muchas cosas. Por ejemplo, en un informe de 1989 que resumía los primeros cinco años de progreso del diálogo, afirmábamos nuestro acuerdo sobre los siete sacramentos de la Iglesia, a pesar de algunas diferencias en la práctica que no afectan a nuestra fe básica común. El informe también examinó dos áreas de divergencia -nuestra comprensión de la Palabra de Dios y de la vida futura- y descubrió que también aquí hay amplias áreas de acuerdo. En resumen, el informe pudo mirar hacia atrás, a los cinco años de diálogo, y afirmar que "hasta ahora no hemos descubierto ningún obstáculo doctrinal que impida un mayor crecimiento de nuestras iglesias hacia esa unidad que creemos que es la voluntad de Cristo". En 2003 se publicó un segundo informe sobre la evolución de nuestro diálogo entre 1989 y 2002.

En consideración de estos avances, se han tomado medidas concretas. En respuesta a una petición del Arzobispo de Baltimore, Su Excelencia William Keeler, entonces Presidente de la Conferencia Nacional de Obispos Católicos, Su Eminencia el Cardenal Edward Cassidy, Presidente del Consejo Pontificio para la Promoción de la Unidad de los Cristianos declaró en 1993 que los miembros de la Iglesia Católica Nacional Polaca en los Estados Unidos y Canadá pueden recibir los sacramentos de la Penitencia, la Sagrada Comunión y la Unción de los Enfermos de los sacerdotes católicos romanos si los solicitan por su cuenta, están debidamente dispuestos y no están excluidos de los sacramentos de acuerdo con las disposiciones del canon 844 §3 del Código de Derecho Canónico. En 1996, el arzobispo Oscar H. Lipscomb, presidente del Comité Episcopal para Asuntos Ecuménicos e Interreligiosos, envió una carta a los obispos de los Estados Unidos en la que explicaba con más detalle las condiciones en las que los católicos nacionales polacos pueden recibir los sacramentos mencionados en la Iglesia Católica Romana. **En 1998, la Iglesia Católica Nacional Polaca publicó las "Directrices para la Recepción de los Sacramentos por parte de los Católicos Nacionales Polacos en la Iglesia Católica Romana". El canon 844 §2 del Código de Derecho Canónico también especifica las condiciones en las que los católicos romanos pueden recibir los sacramentos en la Iglesia Católica Nacional Polaca.**

A la luz de estos pasos concretos hacia la unidad, tenemos mucho que agradecer. Además, **nos reconocemos mutuamente el carácter eclesial y los Sacramentos, lo que nos permite cierto compartir sacramental**, y mantenemos muchas de las mismas tradiciones. Estos hechos dan testimonio de lo mucho que hemos redescubierto como patrimonio común. **Nuestra estima mutua descarta claramente acciones inapropiadas, como el proselitismo con los fieles de cada una de nuestras Iglesias o la reordenación del clero que pasa de una Iglesia a otra.**

A lo largo de nuestro siglo de división nos hemos distanciado de manera que, a primera vista, hace que la reconciliación parezca difícil. La Iglesia Católica Nacional Polaca, que durante la mayor parte de su existencia fue miembro de la Unión de Utrecht, ha desarrollado un fuerte sentido de autonomía y el deseo de preservar sus tradiciones distintivas, incluido el papel vital que desempeñan los laicos en el gobierno de la Iglesia. Aunque la primacía y la infalibilidad del Obispo de Roma no eran un problema en el

momento de nuestra división, nuestras iglesias tienen hoy una comprensión diferente del papel del Papa en la Iglesia. Otro factor que complica las cosas es la presencia de un número significativo de antiguos sacerdotes católicos romanos en las filas del clero católico nacional polaco. Este es el legado de las divisiones del pasado, que aún permanecen entre nosotros.

Por lo tanto, a estas alturas de nuestra relación, los miembros del diálogo nacional católico polaco-católico romano deseamos reafirmar nuestra determinación de superar lo que aún nos divide, y afirmar claramente que nuestro objetivo es la plena comunión entre nuestras iglesias. Deseamos subrayar que la "plena comunión" no implica absorción o uniformidad, sino una unidad que reconoce plenamente las diferentes tradiciones que son coherentes con nuestra fe apostólica común. Todavía hay que determinar si alguna de nuestras tradiciones divergentes es verdaderamente divisoria de la Iglesia, o simplemente ejemplos de diversidad legítima que, en palabras del Papa Juan Pablo II, "no se opone en absoluto a la unidad de la Iglesia, sino que más bien realza su esplendor y contribuye en gran medida al cumplimiento de su misión" (Ut Unum Sint, n. 50). Nos proponemos dar una mayor consideración a otras medidas concretas relativas a la reciprocidad en relación con los sacramentos, la actuación de los padrinos y la exigencia de la forma canónica para la licitud sólo en los matrimonios mixtos. Nos comprometemos igualmente a examinar a fondo los conceptos teológicos de primacía y conciliaridad. Esto incluirá la búsqueda de una comprensión común del ministerio del Obispo de Roma en la Iglesia.

Como miembros de una comisión autorizada para entablar este diálogo ecuménico, nuestro rol no es hablar definitivamente en nombre de ninguna de nuestras iglesias. Sin embargo, esperamos proponer nuevos pasos progresivos que concreten la creciente unidad entre nosotros, y deseamos que nuestros fieles conozcan nuestra convicción de que se puede encontrar un camino para superar esta lamentable división que tuvo lugar entre los católicos aquí en los Estados Unidos. Sabemos que el objetivo de la unidad es nada menos que la voluntad de Cristo para nosotros. Por lo tanto, pedimos a los fieles de nuestras dos Iglesias que se unan a nosotros en una ferviente oración para que, con una nueva efusión del Espíritu Santo, caigan las barreras entre nosotros y un día nos encontremos de nuevo unidos en esa perfecta unidad que corresponde a los discípulos de nuestro Señor Jesucristo.

Fall River, Massachusetts
17 de mayo de 2006